



Tuzapan, sitio arqueológico
descubierto por Carl Nebel.
Detalle de la lámina 34.

La arqueología mesoamericana en la obra de Nebel

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

a Marie-France Fauvet-Berthelot

Durante el Romanticismo, existió una tendencia a mirar al pasado no sólo por curiosidad o por la necesidad de un saber más amplio. Aquellos hombres no buscaban en los vestigios arqueológicos sociedades primitivas, sino civilizaciones en su Edad de Oro. Como podemos ver en estas páginas, Carl Nebel no se sustrajo a esta fascinación, y se acercó a las antigüedades mesoamericanas con la perspectiva de quien busca en ellas los rostros de culturas verdaderas.





El 6 de diciembre de 1825, en la sede de la Société de Géographie de París, David Baillie Warden causaba una gran expectación entre la asamblea al leer su reporte sobre la *Description of the Ruins of an Ancient City: Discovered Near Palenque...*, informe que el capitán Antonio del Río había rendido al rey de España en 1787, y que, tras décadas en el olvido, había sido impreso por primera ocasión

en Londres en 1822. Las emotivas palabras de Warden acerca de una ciudad de ocho leguas de extensión, con un arte avanzado y que había sido engullida por la jungla tuvieron tal impacto entre los miembros de la sociedad que, al unísono, decidieron publicar en francés el reporte de Del Río y, unos meses después, convocar a un concurso para elaborar una descripción “más completa y más exacta” sobre la enigmática capital maya.

En el célebre *Bulletin* —órgano de difusión de la sociedad, que más tarde se convertiría en la principal fuente de inspiración de Jules Verne— prometieron otorgar una medalla de oro, con valor de 2 400 francos, a quien lograra internarse en la selva y llevara a cabo vistas pintorescas de los monumentos palenquanos con planos y cortes, así como con detalles de las esculturas más insignes. Se debían realizar excavaciones en los subterráneos y los acueductos; indagar sobre sus constructores, especialmente sus costumbres y su lengua; elaborar mapas de las demarcaciones donde estaban las ruinas, haciendo observaciones geográficas y económicas, y recopilar datos sobre Votán, “comparable a Buda y Odin”. Por si fuera poco, también debían emprenderse reconocimientos en Yucatán y Guatemala, particularmente en los alrededores de Mérida y Maní, además de El Petén, Uxatlán y Copán, pues había noticia de que los vestigios arqueológicos de aquellas regiones tenían vínculos con los de Palenque. Para no quedar fuera del concurso, los resultados tendrían que ser entregados en la sede de la sociedad antes del 1 de enero de 1830.

Semejantes metas debieron haber sonado inalcanzables para la mayoría de los lectores del *Bulletin*, máxime si prestaron fe a uno de los primeros concursantes, quien afirmaba que los exploradores de la “Palmira americana” harían frente a tempestades, vientos del norte, serpientes, culebras, grandes murciélagos, tigres, leones, lacandones antropófagos y, todavía peor, a los temibles mexicanos, “poco civilizados, celosos y desconfiados”. Ante tan aterradoras perspectivas, la respuesta a esta novelesca convocatoria fue tan pobre como insatisfactoria, razón por la cual el cierre del concurso tuvo que prorrogarse dos años.

Con la ampliación del plazo y una mayor difusión de las bases de la competencia, el escenario cambió radicalmente: entonces fueron muchos los que se declararon dispuestos a emprender la aventura, entre ellos François Corroy, director del hospital militar de Villahermosa, su hijo y su sobrino, así como el abad Henri Baradère, el polifacético Jean-Frédéric Waldeck, el malogrado Ludwig Choris, el pintor Johann Moritz Rugendas y Juan Galindo, oficial superior de la República de América Central. A la lista de interesados pronto se sumaría el nombre de un talentoso alemán de apenas 25 años de edad: Carl Nebel. Por conducto de Adrien Cochelet, cónsul general de Francia en México, este joven, con estudios en arquitectura y al parecer también en ingeniería, se propuso ante la Société de Géographie para llevar a cabo el viaje a Palenque, pero, quizá debido a una solicitud de apoyo económico, el ofrecimiento recibió una respuesta negativa —si bien bastante amable— a mediados de 1830. Aún así, Nebel persistió en sus aspiraciones, tal y como lo demuestra una segunda carta que Cochelet envió a la sociedad a finales de ese mismo año, en la cual se anunciaba que el alemán pagaría el viaje de su propio peculio e intentaría llegar hasta Guatemala. Junto a dicha carta se encontraba el ambicioso programa de actividades de Nebel, el cual incluía la redacción de un breviario de la historia antigua de México acompañado de dibujos de códices y esculturas originales, un estudio de la mitología prehispánica, otro de la Piedra del Sol —entonces llamada Calendario de los mexicanos—, así como descripciones y dibujos de Teotihuacan, Cholula, Xochicalco, Papantla, Mitla y el propio Palenque.

Tenochtitlan y el Museo Nacional

Para entonces, Nebel era ya un declarado amante de la arqueología mesoamericana. Durante sus dos primeros años de estancia en México, el pasado prehispánico había incidido vigorosamente en su espíritu creativo, y lo había motivado a plasmar en papel cuanto vestigio de la antigüedad se atravesaba frente a sus ojos. A la postre, esta



Figurillas aztecas.
Lámina 46.



afición daría como fruto superlativo su *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*, álbum litográfico que fue publicado por primera vez en París en 1836 y en el que Nebel consagró a la arqueología 20 láminas de un total de 50. Este bellissimo conjunto de imágenes nos revela su especial predilección por la arquitectura y la escultura en piedra, aunque no soslayó algunos objetos menores elaborados con cerámica y madera. De manera correlativa, los breves textos que acompañan las láminas —que tan sólo pretendían “la diversión y el recreo” del lector— nos reflejan las preocupaciones propias de un arquitecto que enfoca su mira en los materiales y en los sistemas constructivos, y que se interroga sobre las dimensiones exactas, la forma, las proporciones y las funciones de los monumentos. Recurrente en ellos es la admiración de su autor por la perfección de los restos arqueológicos locales, en franco contraste con un siempre desprecia-tivo Alejandro de Humboldt, quien consideraba a la plástica prehispánica como desprovista de todo valor estético, por ser obra de pueblos bárbaros. Nebel, por el contrario, los atribuía a civilizaciones en toda la extensión de la palabra, y los comparaba, por ejemplo, con las vías pavimentadas, el Coliseo y otros monumentos de la Roma antigua, que tanto había admirado durante una estancia previa en la península itálica.

Copia del *Lienzo de Tetzlma*, elaborada por Carl Nebel. Bibliothèque Nationale de France.

Esta pieza revela que Carl Nebel, además de ser explorador, dibujante y coleccionista de piezas prehispánicas, copiaba documentos antiguos.



Xochiquétzal.

Musée du quai Branly.

Colección Lohse-Boudet.

Carl Nebel dibujó esta pieza de su colección, pero confundió a Xochiquétzal con Coatlicue en su nomenclatura.

Lámina 47.

Teponaztli.

Tepoyango, Tlaxcala.

National Museum of the American Indian,

Washington, D.C.

En el ejemplar dibujado por Nebel, la fecha

fue interpretada equivocadamente por el artista, pues grabó la

leyenda 4 Casa, en lugar de 5 Casa que aparece en la pieza.

Lámina 44.



Podemos suponer que Nebel tuvo su primer contacto significativo con el pasado mesoamericano en la Plaza de Armas de la capital, lugar donde habían sido exhumadas la Piedra del Sol y la Coatlicue en el no muy lejano año de 1790. Como es bien sabido, tras su descubrimiento fortuito y hasta 1885, el primero de estos monolitos estuvo expuesto públicamente al pie de la torre oeste de la catedral, como puede verse en las láminas 3 y 4 de su álbum. Imaginemos, por tanto, al artista frente al “Zodiaco” de 24 toneladas, tratando de captar su compleja iconografía. Su preocupación por el más mínimo detalle tuvo como resultado último la lámina 49 de su *Voyage pittoresque et archéologique...* Incurrió allí en poquísimos errores de apreciación, siendo quizá el más notorio el relativo a la fecha *11-Mono*, la cual quedó transfigurada en un rostro humano seguido de seis círculos. Aún así, esta litografía era infinitamente más precisa que el grabado en cobre de Francisco Agüera, dado a conocer en 1792 en la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, de Antonio de León y Gama, y reproducido por Humboldt en 1810 en sus *Vues des cordillères...* Nebel complementó la imagen de la Piedra del Sol con un texto basado en la obra de León y Gama, siguiendo sus aciertos y errores en relación con el significado cosmogónico del monumento y de sus supuestas funciones como reloj solar y marcador de pasos equinocciales, solsticiales y cenitales. En

realmente pocas ocasiones Nebel se aventuró a dar sus propias opiniones, por ejemplo, cuando señaló que las dos serpientes de fuego que enmarcan el disco representan al tiempo devorando a las generaciones humanas.

Nebel también debió haber pasado largas jornadas de trabajo en el hoy desaparecido primer edificio del Museo Nacional. En el patio central analizó, con la mirada y con el trazo, a la Coatlicue, y encontró en ella rasgos de “terror y espanto” propios de lo que llamó una “graciosa trinidad” integrada por las divinidades de la guerra, la muerte y el infierno. Para el texto de su álbum se basó nuevamente en las explicaciones de León y Gama, y realizó un dibujo de gran formato (que puede apreciarse en la lámina 50 de su álbum, reproducida en la página 31 de esta edición) en el que, como bien lo notara Justino Fernández, hay leves equivocaciones en las figuras del cráneo y la serpiente que desciende entre las piernas de la diosa. Junto a la Coatlicue, el alemán se topó con la mole cilíndrica de la Piedra de Tízoc, de la cual ilustró acuciosamente el disco solar de la cara superior (lámina 46), dos secciones con el desarrollo de las quince escenas de conquista llevadas a cabo hasta el gobierno del séptimo *tlatoani* mexica (lámina 45, en las páginas 24 y 25 de este ejemplar), además de un detalle en gran formato de la sujeción de Chalco (lámina 44). En sus explicaciones de dichas láminas, el ale-





mán duda de que la Piedra de Tízoc hubiera sido empleada en el sacrificio gladiatorio, tal y como lo suponían sus antecesores. Al mismo tiempo, identifica de manera correcta los glifos toponímicos como “armas o banderas de las naciones” y a la efigie de Tízoc como un “jefe o gran personaje” que porta un casco más lujoso. Sin embargo, confunde el propulsor de los guerreros vencidos con flores o ramos que éstos presentan a sus captores como signo de sumisión.

Otro tema que también atrajo la atención de Nebel en el Museo Nacional fue el de la música. En la lámina 43 del álbum dibujó dos teponaztlis que Guillermo Dupaix y Luciano Castañeda habían registrado en 1807 del otro lado de la Sierra Nevada, durante la Real Expedición Anticuaria por la Nueva España. Ambos instrumentos fueron llevados a la capital en 1819 por sugerencia de Fausto Elhuyar y, tras la consumación de la Independencia, llegaron al museo. El primer tambor es de nogal, procede de la ciudad de Tlaxcala y representa a un guerrero. Conservado hoy en la Sala Mexica, fue considerado por Daniel Castañeda y Vicente T. Mendoza como “el ejemplar más hermoso que posee el Museo Nacional, de mejor conservación, de sonidos más puros y de sonoridad perfecta”. El segundo tambor, de Tepoyango, Tlaxcala, (en la página 23 de este número) tiene grabada la fecha 5-Casa (Nebel dibujó

equivocadamente en él una fecha 4-Casa), quizás aludiendo al año 1519 de nuestra era. Brantz Mayer todavía llegó a ver este teponaztli en el museo en 1841; pero luego, en fecha desconocida, fue sustraído ilícitamente para reaparecer en 1928 en las listas de nuevas adquisiciones del Museum of the American Indian, Heye Foundation, de Nueva York. Esto explica por qué hoy día se localiza en el National Museum of the American Indian de Washington. Finalmente, en la misma lámina del álbum se muestran otros instrumentos cerámicos de viento (en la página 30 de esta edición). Todos ellos datan del Posclásico tardío (1325-1521 d. C.) y proceden del centro de México: una flauta tubular transversa con un orificio de digitación, una flauta globular con un orificio de digitación, un silbato y dos flautas tubulares con campanas en forma de flor, y cuatro orificios de digitación.

Atraído por el coleccionismo

Tan pronto llegó a México, Nebel entró en contacto con un círculo de aficionados a las antigüedades, integrado por el suizo Lukas Vischer, el austriaco Frédéric Waldeck y los germanos Maximilian Franck, Carl Uhde y Johann Moritz Rugendas. Estos extranjeros habían seguido el ejemplo de diletantes locales como Luciano Castañeda, el conde de Peñasco y la marquesa de Selva Nevada, amasando sus propias colecciones. Acostumbra-

Escenas de la
Conquista, de la
piedra de Tízoc.
Lámina 45.





ban venderse piezas arqueológicas entre sí y hacerse préstamos temporales para dibujarlas. Aunque Nebel era mucho menor que la mayoría, debió integrarse rápidamente al grupo, pues compartía con ellos el alemán como lengua materna y aptitudes artísticas.

Existen testimonios fehacientes de que Nebel entabló con Waldeck una intensa relación de colaboración, a la vez que de competencia, relación que se prolongaría más allá de la estancia de ambos en nuestro país. Dentro de una serie de intercambios de objetos, sabemos que Nebel solicitó prestados a Waldeck su coyote y su “Tonatiuh (o Apolo)”. A cambio le llevó al austriaco una burda falsificación de cerámica inspirada en la Piedra del Sol, al parecer con el ánimo de gastarle una mala broma. De igual manera, Nebel pintó esculturas pertenecientes al gabinete de Vischer: un bloque en serpentina que representaba “las armas de Tezcuco” y la excepcional efigie texcocana de Xipe Tótec (lámina 48, en la página 71 de esta edición), que hoy se encuentra en el Museum der Kulturen de Basilea. De ésta, Nebel señaló, con ojo perspicaz, que representaba a un sacerdote vestido con una piel humana durante la veintena de Tlacaxipehualiztli.

Nebel gustaba de coleccionar pequeños objetos arqueológicos producidos en serie, tales como cabecitas teotihuacanas (figura 49), y figurillas y sellos aztecas (láminas 46-48). En su álbum incluyó muchos de ellos “para demostrar el grado de perfección que [los antiguos mexicanos] habían adquirido en este ramo del arte plástico”. Allí vinculó las figurillas con dioses, sacerdotes y guerreros, aunque no siempre de manera correcta, pues confundía, por ejemplo, a Ehécatl con Tonatiuh y a Xochiquétzal con Coatlicue. Cerca de su muerte, Nebel legó a un individuo de apellido Lohse un total de 28 piezas de cerámica, dos de piedra y dos de hueso. Con el tiempo, el magro conjunto pasó a manos de su hija, la señora Lohse-Boudet, quien en 1935 lo donó al Musée d’Ethnographie du Trocadéro. Hace apenas un par de años, este lote fue integrado a las colecciones del flamante Musée du quai Branly; de este conjunto, Nebel plasmó dos figurillas antropomorfas en su lámina 46, dos en su lámina 47 y una más en su lámina 48.

▲ Piedra de Sacrificio (detalle). Lámina 46.

▲ Cabecitas teotihuacanas. Lámina 49.

Al otro lado de las montañas

Nuevos horizontes se abrieron al joven alemán cuando dejó la ciudad de México para trascender la Sierra Nevada y el Ajusco. En Cholula pudo realizar una romántica estampa del Tlachihualtépetl o “cerro hecho a mano”, cuyas ciclópeas dimensiones

son únicas en México (lámina 12, en las páginas 4 y 5 de esta edición). Iniciada su construcción en el Preclásico, esta pirámide estaba dedicada a la llegada de los españoles a Chicnahuiquíhuatl (“9-Lluvia”), divinidad a la que los indígenas sacrificaban niños a cambio de lluvias. En comparación con los grabados más antiguos de Humboldt y de Castañeda, la litografía de Nebel es bastante fiel a la realidad. La vista fue tomada desde un pequeño montículo prehispánico —conocido hoy como Cerro Cocoyo— que se encuentra justo al poniente y está completamente rodeado por la población actual. Nebel plasmó el monumento con su aspecto de cerro natural, en medio de un cielo vaporoso y coronado por la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, entonces carente de su torre sur. A la izquierda y en último plano se adivina el pico nevado de La Malinche y las siluetas de Puebla.

En 1831, Nebel visitó las ruinas de Xochicalco, sitio epiclásico (650-900 d.C.) cuya existencia fue tempranamente notificada por fray Bernardino de Sahagún (*ca.* 1580) y Fernando de Alva Ixtilxóchitl (1611). Aunque el alemán nunca menciona sus fuentes de información, es evidente que para su álbum se valió profusamente del artículo de Joseph Antonio Alzate de 1791, quien había emprendido una expedición al sitio morelense en 1777 y otra en 1784. Lo anterior queda patente en la lámina 29 (página 27 de este volumen), donde Nebel reconstruye hipotéticamente el Templo de las Serpientes Emplumadas, para lo cual se inspira en la propuesta del sabio novohispano de que la pirámide contaba en un origen con cinco cuerpos superpuestos. Aún así, no podemos negar al alemán la gloria de haber sugerido, por primera ocasión, que el famoso Observatorio subterráneo de Xochicalco fungía como marcador cenital y, sobre todo, el haber hecho las litografías más bellas en la historia del sitio.

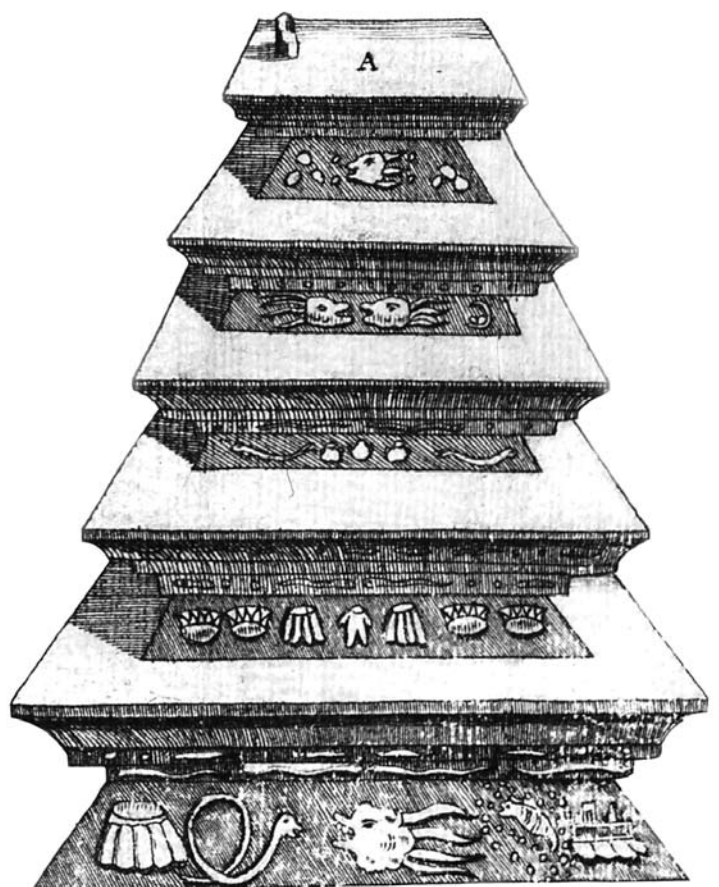
Para su lámina 28, Nebel seleccionó la esquina noroeste del Templo de las Serpientes Emplumadas, sin duda el ángulo más agraciado de este edificio que fuera reconstruido por Leopoldo Batres en 1909. Se trata de la misma esquina dibujada por Waldeck y Adela Breton, y fotografiada por Leopoldo Batres y Antonio Peñafiel. En su litografía, Nebel completó bloques y relieves faltantes, eliminó escombros, añadió palmeras y omitió la escalinata como si no existiera la mitad meridional del templo. La escala, señalada por cuatro bien figurados visitantes, hace suponer engañosamente que la construcción posee una altura un 30 por ciento mayor a lo que en realidad tiene (esta imagen puede verse en la página 27 de esta edición).

Nebel ilustró también detalles de los bajorrelieves tallados en los bloques de pórfido traquítico del templo, y reconoció en ellos per-



Templo de las Serpientes emplumadas de Xochicalco:
sus ruinas (arriba) y su reconstrucción hipotética (sobre estas líneas),
láminas 28 y 29.

Probablemente Carl Nebel basó la reconstrucción hipotética de esta edificación
en el dibujo hecho por Alzate (derecha) y publicado en la *Gazeta de Literatura*, en 1791.
Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.





Flanco occidental
del Cerro de
los edificios en
La Quemada,
Zacatecas.
Lámina 21.

sonajes similares a los de Palenque, lo que significa que cuando redactó los textos tuvo acceso a la publicación de Del Río o a las de Dupaix. La lámina 25 nos muestra a uno de los personajes inferiores del talud sur —AS2 o AS8 en la nomenclatura de Virginia Smith (ver su publicación del año 2000)—, pero transformó las vírgulas de la palabra en largas plumas, la cabeza de reptil del tocado en motivos vegetales y el caracol cortado en una suerte de apoyo. De manera correlativa, en la lámina 24 representó a uno de los personajes de los tableros, pero fusionó los elementos de TW1, TW2 y TN4 en la mencionada nomenclatura. Allí, el tocado en forma de glifo del año se convierte en un gorro cónico de varios niveles con una serpiente como adorno, las anteojeras se tornan en gafas y desaparecen los dientes de la mandíbula y las vírgulas.

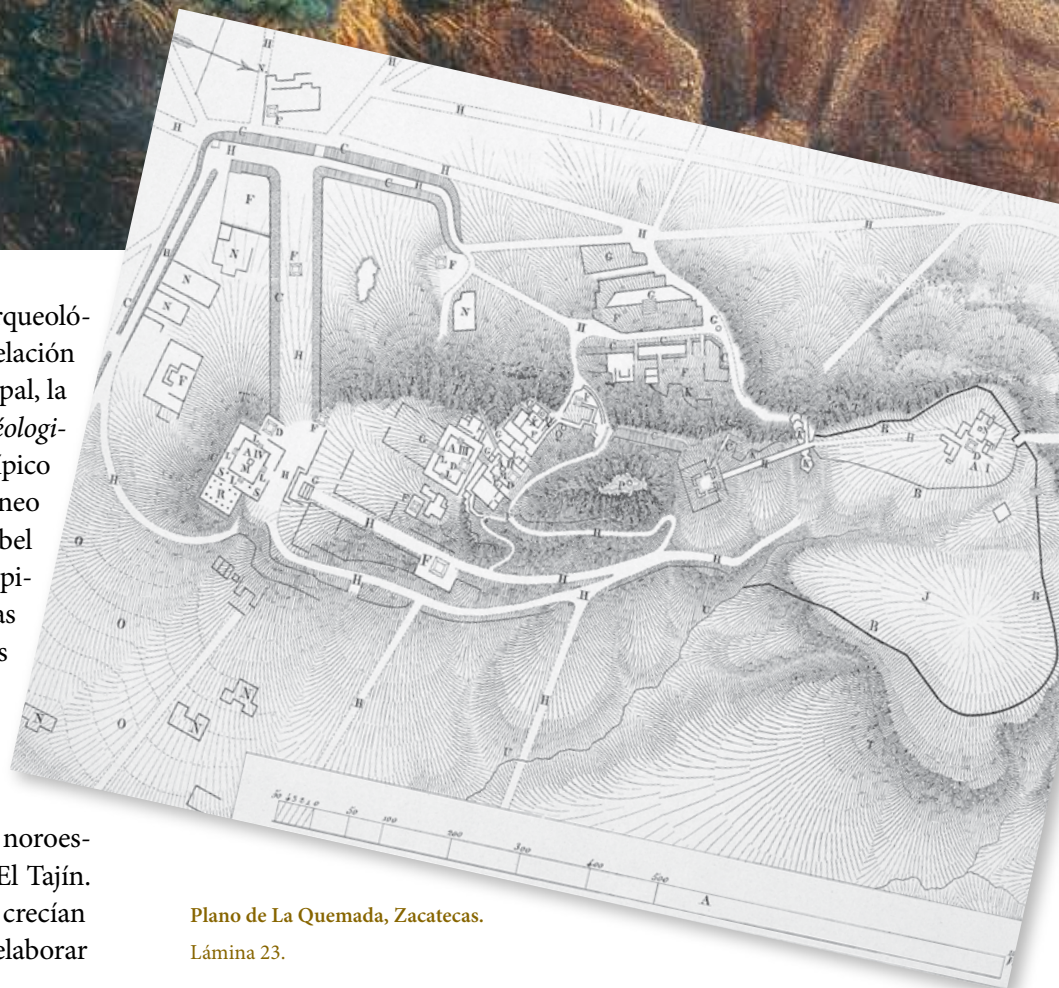
Explorando Veracruz y Zacatecas

Durante meses, Nebel buscó en el gobierno mexicano y en potenciales suscriptores los recursos necesarios para su tan anhelado viaje a Palenque. Pero, a diferencia del gran eco que obtuvo Waldeck, todos los esfuerzos de Nebel fueron en vano. Entre ellos, no logró vender sus dibujos arqueológicos al cónsul de Prusia, pues a éste le pareció excesiva la suma de diez mil piastras que Nebel había fijado. Así, al joven arquitecto no le quedó más remedio que anunciar a la Société de Géographie el 30 de diciembre de 1831, nuevamente por vía de Cochelet, que se retiraba en definitiva de la liza. Poco antes o poco después de tomar esta triste decisión, Nebel realizó una expedición a los densos bosques tropicales del Totonacapan veracruzano, viaje que le implicó un gasto de 1 200 pesos y una terrible enfermedad. Uno de los lugares visitados fue Ma-



pilca, en el municipio de Tecolutla, sitio arqueológico bautizado con el número 101 en la relación de José García Payón. Como motivo principal, la lámina 39 de su *Voyage pittoresque et archéologique...* nos muestra un bloque tallado en el típico estilo de El Tajín, lo que haría contemporáneo a Mapilca con este sitio. En sus notas, Nebel registró la presencia de varias pirámides y pisos empedrados. A esto debemos sumar las 20 casas (una de 70 pasos de largo y diez pies de alto) que contaron el doctor G. Schiede de Cassel y el señor Deppe, quienes recorrieron el mismo lugar a fines de 1828 o principios de 1829.

De Mapilca, Nebel se dirigió hacia el noroeste y atravesó el río Tecolutla para llegar a El Tajín. De inmediato ordenó cortar los árboles que crecían en torno a la Pirámide de los Nichos para elaborar



Plano de La Quemada, Zacatecas.
Lámina 23.



▲ Instrumentos musicales.
Lámina 43.

PÁGINA SIGUIENTE:
Coatlicue.
Lámina 50.

PÁGINAS 32-33:
Reconstitución geométrica de la Pirámide de los Nichos de El Tajín.
Lámina 37.

la que es, sin duda, la litografía más espectacular de su álbum (lámina 37, en las páginas 32 y 33 de esta edición). Pintó una reconstitución geométrica de la fachada oriental (sin desplomes ni faltantes, aunque con una rara escalinata), con el fin de que el interesado pudiera obtener medidas exactas de cualquier elemento arquitectónico a partir de la litografía. Por ello, los nichos de lajas de arenisca emergen esplendorosamente de entre una exuberante vegetación, y se superponen con elegancia hasta casi alcanzar los 25 metros de altura. En el escrito explicativo es clara la intención de Nebel por hacerse pasar como el descubridor de esta majestuosa urbe, cuyo apogeo aconteció entre el 750 y el 950 d.C. Nos dice: “Aunque mencionada por el barón de Humboldt y otros[...], nunca ha sido dibujada, ni aún se ha tenido una relación exacta sobre ella. Conocida sólo de reputación, nadie la ha visto, excepto algunos indios de las inmediaciones”. Lejos de ello, un artículo anónimo publicado en la antigua *Gazeta de México* nos da conocer que Diego Ruiz, cabo de la ronda del tabaco de la jurisdicción de Papantla, se había topado con la Pirámide de los Nichos en marzo de 1785, durante una inspección en busca de plantíos clandestinos. Dicho artículo contiene una detallada descripción del monumento y está acompañado de un grabado en cobre firmado por un tal García. Luego, en 1804, la información de Ruiz y una copia del grabado referido es dada a conocer en Europa por el jesuita Pedro José Márquez en sus *Due antichi monumenti...* A lo anterior debemos sumar que Dupaix visitó El Tajín en algún momento anterior a 1805, pero por desgracia sus apuntes y dibujos se extraviaron.

Lo que sí descubrió Nebel durante la misma expedición fue Tuzapan, sitio del Posclásico tardío (1200-1521 d.C.) que pocos han visitado (en la página 20 de este número). A pesar de que todavía hay quien lo considera perdido, este centro está bien ubicado sobre el mapa. Se localiza en las cercanías del pueblo de Chicualoque, en el municipio de Coyutla, que está frontero al estado de Puebla. Denominado con el número 68 en la relación de García Payón, Tuzapan se levanta sobre una mesa ubicada a unos kilómetros de distancia del curso del río San Marcos-Cazones. Fue inspeccionado por Wilfrido DuSolier y Enrique Juan Palacios en febrero de 1939 y por Humberto Besso-Oberto en 1987. En la actualidad está siendo estudiado por la arqueóloga María Rosa Avilez. Gracias a ella, sabemos que el denso bosque dibujado por Nebel en la lámina 34 ha sido talado para cultivar café e introducir ganado. Obviamente, esto ha acelerado el saqueo y la destrucción de sus templos, juegos de pelota, murallas, aljibes y canales, razón por la que urge su salvaguardia. La pirámide principal —de



Personaje de Xochicalco.
Lámina 24.

cuatro cuerpos que suman 7.5 metros de alto y una escalinata hacia el poniente— tampoco conserva el techo de la capilla que se observa en la litografía. Ha desaparecido asimismo la imagen de Chalchiuhtlicue tallada en la roca viva y que hacía las veces de surtidor (lámina 35).

La última visita arqueológica consignada en el *Voyage pittoresque et archéologique...* es la que Nebel emprendiera a la ciudad epiclásica de La Quemada, en el estado de Zacatecas. Aprovechó para ello una estancia en la mina argentífera inglesa de Veta Grande, donde el prusiano Joseph Burkart tenía el cargo de director de labores y el franco-alemán Carl de Berghes era el supervisor de las actividades de construcción y fundición. Los dos ingenieros no sólo conocían a la perfección las ruinas de La Quemada, sino que habían redactado extensas descripciones, hecho vistas de sus monumentos, levantado planos y realizado excavaciones.

Con estos guías de excepción, Nebel arribó a La Quemada e ilustró el majestuoso flanco occidental del llamado “Cerro de los Edificios” (lámina 21, en las páginas 28 y 29 de esta edición). Se adivinan en su litografía las grandes cortinas de toba riolítica que forran las laderas del cerro, así como las terrazas escalonadas que van desde la Acrópolis, al sur, hasta la Ciudadela, al norte. Según Nebel, la primera cumplía funciones sacerdotales y la segunda militares. La siguiente imagen representa el quinto nivel de la Acrópolis, también conocido como la “Plaza de los Sacrificios” (lámina 22). En este lugar se encuentran una típica plaza hundida, ocupada al centro por un altar y rodeada por grandes cuartos y un basamento piramidal de cinco cuerpos. De manera interesante, en la litografía se observa un individuo blandiendo un pico, quizá en alusión a las exploraciones encarga-

das a Berghes entre 1832 y 1834 por el gobernador Francisco García Salinas.

Por último, la lámina 23 (en la página 29 de este número) reproduce el tercero de cuatro planos que Berghes levantara del sitio zacatecano entre 1830 y 1856, dos de los cuales, por cierto, se conservan hoy en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra. El copiado por Nebel se basa en el segundo plano de Berghes, aunque es un poco más preciso en lo referente a la topografía, los agrupamientos de las edificaciones y el trazo de las vías internas.

Un veredicto decepcionante

Sucesivos volúmenes del *Bulletin* nos dan a conocer, por un lado, que Carl Nebel fue aceptado como miembro de la Société de Géographie el 20 de diciembre de 1833 y, por el otro, que el cierre del concurso se difirió en dos ocasiones más. El tan ansiado fallo fue notificado hasta abril de 1836. Entre otras muchas cosas, la comisión lamentó en una comunicación que el “hábil señor Nebel no haya podido acompañar al señor Waldeck en todas estas excursiones. Los talentos reunidos del arquitecto y del pintor habrían sido suficientes para esta inmensa tarea”. Calificó sus dibujos de La Quemada como “cuidadosos y acabados”, y deploró que nadie de la calidad del alemán hubiera viajado a Guatemala. De manera tajante, juzgó que ninguno de los participantes había cumplido con los requisitos y que, por lo mismo, el concurso se postergaba por última ocasión hasta el 31 de diciembre de 1839, elevándose el valor de la medalla a 3000 francos. Como premio de consolación, se otorgaron medallas de plata a Baradère y Lord Kingsborough por sus respectivas ediciones de la expedición a Palenque de Dupaix y Castañeda. Galindo recibió otra medalla de plata, Waldeck y Corroy se hicieron acreedores a sendas medallas de bronce, y Warden a un agradecimiento por publicar el reporte de Del Río en francés. En 1840, como era de esperarse, el premio fue declarado desierto y con ello se puso punto final a la competencia. ✦

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN. Doctor en arqueología por la Universidad de París e investigador del Museo del Templo Mayor, INAH. Ha recibido en dos ocasiones el Premio del Comité Mexicano de Ciencias Históricas, además del Premio de Investigación en Ciencias Sociales de la Academia Mexicana de Ciencias. Arqueólogo de campo, ha incursionado en los últimos años en la historia de esa disciplina en nuestro país.





